

La comuna mexicana*

*Jaime Ortega***

Hace ya casi una década que Bruno Bosteels insiste en la necesidad de tejer, de manera fina, precisa y en sus intersticios, las múltiples historias asociadas con la “comuna mexicana”. Se trata de un proyecto ambicioso que contempla el trabajo de varios años, en diálogo con quienes asumen como objeto de estudios tramos significativos de la historia, en clave de larga duración, de la nación mexicana, o bien, quienes han atendido la urgencia que se desarrolló a partir de la lacerante violencia que vivió México en los últimos años y cuya seña de identidad a nivel global fue el crimen de Ayotzinapa. El trabajo de Bosteels ha andado, en buena medida, en solitario, sin embargo, en el trayecto se ha configurado una perspectiva que atañe tanto a la historia, como a la sociología y a la política contemporánea; a partir de esos cruces ha logrado establecer vínculos con otras agendas de investigación. En ese sentido, se trata de un trabajo que bordea fronteras, recoge insumos de diversos archivos y configura horizontes de comprensión teórica.

Bosteels demuestra, con soltura, la persistencia de una forma organizativa y política a lo largo de la historia de lo que hoy es México. A medio camino entre el horizonte moderno de comprensión, los antagonismos sociales y con un fuerte énfasis en las formas no-capitalistas de organización de pueblos y civilizaciones, su libro pretende entregar una llave maestra para comprender comportamientos y subjetividades –o quizá, mejor dicho, procesos de subjetivación– que habitan la historia de las clases subalternas. Asume Bosteels la herencia desde un horizonte no moderno –lo que

* Reseña de la obra de Bruno Bosteels, *La comuna mexicana*, México, Akal, 2021.

** UAM-Xochimilco.

genéricamente podríamos llamar horizonte prehispánico– y su latencia, subterránea y reprimida bajo la égida moderno-colonial.

Si bien tiene un punto de apoyo en la tradición marxista, exprime, como pocos, los fragmentos y episodios tan reconocidos en las últimas décadas sobre el enfoque del pensador alemán a propósito de la comuna rusa. En su caso esto no es sólo un comentario sobre el “último Marx”, como los que abundan, ni un llamado de atención del desmontaje de una clave de filosofía de la historia, ambos caminos recorridos por numerosos investigadores. En su pretensión opera algo más, que podríamos denominar la construcción de una hipótesis sobre lo común en un espacio específico. Ese espacio está marcado desde 1521 por la derrota de México-Tenochtitlán y la reescritura sobre la “casa común”, pasando por numerosas reconstrucciones del “pasado indígena”, así como por rebeliones y revueltas que pueblan la historia reciente, hasta llegar a los casos de Oaxaca y Ayotzinapa.

Bosteels retoma parte de sus trabajos anteriores, donde problematiza la persistencia de la figura del agravio y de la fórmula melodramática, que tiñe la historia de la nación a partir de episodios de derrota, como la matanza del Templo Mayor en el pasado o el episodio trágico de Tlatelolco en el siglo XX. Estas fórmulas hacen parte de los procesos de subjetivación de las rebeliones, sin embargo, tienen el riesgo de formularse como empresas totalizantes que opacan los momentos de ruptura del orden social. Si el tono melodramático coloca el énfasis en la víctima, produce también una narrativa donde el Estado lo es todo, sujeto de la historia, cuya capacidad es omnipotente.

La manera en que Bosteels documenta los episodios de la comuna es el corazón de su propuesta. Lo hace a partir de disposiciones diversas. En algunos capítulos coloca el diálogo con los cronistas y demás formulaciones que problematizan el pasado previo a la colonización, pero también lo que acontece como historia subalterna durante ella. Posteriormente avanza en demostrar, en términos históricos, la persistencia de la comuna dentro del entramado de revueltas y rebeliones. Finalmente, lo hace en términos de la teoría, en donde discute las “notas etnológicas” de Marx, dialogando tanto con cronistas, como con teóricos de la antropología y del marxismo.

De estas perspectivas, es sin duda la que atañe a la recuperación histórica de la operatividad de la forma-comuna, quizá la más ambiciosa, pues pretende armar un rompecabezas que hasta el momento se encuentra disperso. En ella destaca los aportes del siglo XIX con Plotino Rhodakanaty y figuras que lo acompañan en su andar, la aparición de

la *Comuna mexicana* como periódico que recibe el acontecimiento parisino en el último tercio del siglo XIX; en tanto que en el siglo XX las experiencias emergen por doquier, siendo las más importantes las de Morelos, Oaxaca, las de la colonia Rubén Jaramillo, entre otras. En todas ellas, Bosteels desmenuza con claridad y ejercitando síntesis, los múltiples significados en la arena teórica y política. Destaca, claramente, el diálogo que sostiene con Adolfo Gilly como el gran introductor de esta problemática, pero también con las versiones contemporáneas alrededor del estudio del maoísmo, aprovechando en este registro las investigaciones de jóvenes investigadores como Citlali Jasso, Uriel Velázquez o Ricardo Fuentes, por mencionar sólo algunos.

No queda atrás, en términos de originalidad, su propuesta de problematización del *calpulli* dentro del entramado de las discusiones antropológicas. De alguna manera hace un esfuerzo equivalente al que en la región andina se ha realizado en torno al ayllu. Pues sin desentender problemas interpretativos y de relaciones de fuerza, condensa en el desarrollo de sus argumentos, tanto los aportes de Marx como las tensiones al momento de acercarse a estos problemas. Destaca Bosteels, por supuesto, la importancia que guardan todas estas referencias –contenidas en los *Grundrisse* y en los denominados “cuadernos etnológicos”– en la construcción teórica de una alternativa no anclada ni en la filosofía de la historia ni en la concepción del progreso.

Dentro del estudio es perceptible la inclinación a ampliar la frontera de acción de la idea de la comuna. Se trata del texto que mejor combina la investigación de archivo con el diálogo teórico. Bosteels navega con soltura entre aguas diversas y sintetiza bien estos dos afluentes, por un lado, mantiene discusiones con T. Shanin, V. Zazulich, A. Badiou y tantas otras y otros, pero al tiempo, revisa periódicos, producciones históricas y estudios de caso. Por ello, en la segunda parte queremos plantear algunas diferencias o matices.

El primero tiene que ver con la concepción de la izquierda mexicana nacida con el Partido Comunista Mexicano (PCM). Bosteels muestra que la idea de la comuna excede al comunismo y más bien responde a una tradición de mucho más largo alcance, a veces confundida con otros nombres (la del municipio libre, por ejemplo), pero en el que persiste la lógica de la comuna como autoorganización. En ese sentido, un posible matiz a la perspectiva del estudioso sería la de insistir en no equiparar la vida del PCM como mero reflejo de los aparatos de poder del comunismo internacional. Algunos llamados interesantes en este sentido pueden ser, por ejemplo, que dentro del comunismo de la década de 1920 se

subvierte la tradicional consigna “La tierra es de quien la trabaja”, para ser colocada como “La tierra es de la comunidad y el producto de quien lo trabaja”, pequeño, pero sustancial cambio. Esta frase que aparece en un grabado en los primeros años de *El Machete* se utiliza en la década de 1970, cuando Enrique Semo, como director de la icónica *Historia y Sociedad*, la utilizó en una portada. La forma en que el comunismo mexicano se relaciona con el mito de Zapata tiene un giro comunista indudable, que abre el espacio para pensar a esa organización enclavada en el mundo campesino-indígena. Otra posibilidad es la de considerar que el PCM nunca tuvo una versión “integracionista” del indígena, por el contrario, aun en los peores años, sostuvo un reconocimiento puntual de las formas organizativas de los pueblos y comunidades. Esto puede matizarse de acuerdo con diversos periodos, por supuesto, de la propia vida partidaria. En dado caso, lo que queremos señalar es que el PCM no fue una copia exacta ni del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) ni de otra experiencia, y quizá ofrezca pistas para pensar la forma comuna. No por nada Rubén Jaramillo fue reivindicado como un integrante del PCM en la década de 1960.

La segunda tiene que ver con el rompecabezas organizado, finalmente, por Bosteels sobre las experiencias comuneras. Uno de los múltiples méritos del libro es el de entregar esto por primera ocasión, sistematizado y con un hilo argumental. Quizá valdría la pena extender la noción y buscar otras múltiples alternativas. Por ejemplo, el caso de Monterrey con el grupo *Tierra y Libertad* y cuya denominación como comuna viene de plumas como las de Sandra Arenal o Manuel Castells. De igual forma, en el caso de las “tomas” de predios en el antiguo Distrito Federal, existe una tentativa de lectura importante. No sólo porque la “comuna de Santo Domingo” (una de las invasiones más grandes de la Ciudad de México) asumió brevemente ese nombre, sino por otras experiencias, como el Campamento 2 de Octubre (en cuyas calles aparecen los nombres de Che Guevara y Rubén Jaramillo), asumen plenamente la lógica de la comuna. Extendiendo la hipótesis, quizá podría pensarse la organización proto-maoísta de la Unión Ejidal Bahía de Banderas y que, entre otros esfuerzos, decanta en la formación de la Unión Nacional de Organizaciones Regionales Campesinas Autónomas (UNORCA), y en cuyo centro se encuentra ya no el concepto de independencia, sino el de autonomía.

Hacia el final del libro la comuna se muestra en su oposición directa a la forma estatal. Este tema está resuelto y es claro que esa forma de organización y autodeterminación desestabiliza cualquier intento de

“síntesis social”, cooptación o autoritarismo. Los momentos de mayores referencias a obras como la de Raquel Gutiérrez trazan bien el puente con una tendencia contemporánea. Sin embargo, al igual que en el trabajo de Gutiérrez, aún quedan dudas. La primera es si la forma-comuna, en los tiempos que vienen, necesariamente tendría que negar al Estado, sin afrontar el problema de la existencia del vínculo mercantil. Es decir, en el comunalizar la oposición frente al proyecto estatalista (aun el nacional-popular) es claro, pero deja abierta la brecha de la dinámica civilizacional que ha implicado la universalización de los intercambios mercantiles.

En términos de la discusión marxista podríamos pensar que se avanzó ya en la demostración de la inviabilidad del horizonte del progreso y la industrialización como paradigma único. Sin embargo, las formas de la comuna tienen aún que hacerse cargo de la repartición y organización de los trabajos (la clave esencial de la ley del valor). Es claro que la dinámica actual capitalista opera no sobre el intercambio de equivalente, sino sobre el despojo, en ese sentido hay que preguntarse qué sucede con el dinero, el equivalente general y el trabajo abstracto en la dinámica de la “comuna por venir”. Ante la pérdida de centralidad del Estado y de la política asociada con él en el neoliberalismo, este parece ser cada vez menos el gran enemigo, pero organizar la reproducción de la vida no es un día de campo, implica repartir trabajos, trazar intercambios mercantiles, tensionar la noción del equivalente general y, se quiera o no, convivir con el poder del dinero.